

## BIENVENIDA A ENRIQUE KRAUZE

### A ACADEMIA MEXICANA DE LA HISTORIA

**L**a correspondiente de la Real de Madrid, instituto fundado en plena revolución mexicana, cumple setenta y un años de vida sin mayores arrugas y en constante afán de renovación. En el último trienio se ha enriquecido con seis colegas que recibieron todas las bendiciones universitarias (licenciatura, maestría y doctorado) y que practican el arte de la historia de acuerdo con las especificaciones dictadas por las corrientes intelectuales de punta. Pese a que algunos de los veinticuatro miembros de esta academia setentona ya no se cuecen al primer hervor, es un club que en el ámbito de los culturales se distingue por su espíritu juvenil y su seriedad académica.

Aparte de abierta a novísimas cosmovisiones y a la juventud y de cerrada a la improvisación, en los últimos años, sin salirse del número de miembros permitido por los estatutos, la Academia Mexicana de la Historia ha procurado traer a su coto a personas de las diversas especialidades del género historiográfico. Ya se dan cita aquí historiadores de la economía, de la vida social, de las ideas y del arte. Están entre nosotros quienes cultivan el latifundio del mundo occidental o sólo la historia de nuestra patria o en exclusividad la vida de su estado, su región y su terruño. La Academia se enorgullece de sus especialistas en la época precortesiana, en el periodo español y en el México independiente. Por lo menos uno de nuestros colegas es experto en la contabilidad de individuos y de acciones históricas, es decir, en la historia cuantitativa. Desde ahora contamos con un historiador in-potente para sumar individuos; bueno para recoger lo único, lo propio, lo irreducible de una persona. Enrique Krauze ingresa a la Academia Mexicana para cubrir el campo de la biografía que había permanecido, por muchos años, vacante. Con él entramos muy dignamente al sector más popular de la historiografía; nos volvemos corresponsales de la gente que vive fuera del propio gremio.

Recibimos en esta sesión pública y solemne de la Academia a un joven biógrafo que justamente por su juventud no ha sido objeto de biografías y del que debemos hacer un esbozo biográfico aunque muchos de los asistentes a esta ceremonia no lo necesiten por razones de parentesco o amistad. Con todo, para no romper con la costumbre y para que sepan cuantos oyeran o leyeran esta alocución haré un brevísimo bosquejo de

### ENRIQUE KRAUZE Y SU CIRCUNSTANCIA,

su estirpe, nacimiento, escuela y formación como ingeniero y como oficinista de la historia. Como lo indican sus apellidos

(Krauze y Kleinbort) no es de estirpe azteca o española, no comparte el pleito de las etnias en que estamos inmersos la mayoría de los mexicanos desde el siglo xvi. Por lo que sé, sus abuelos llegaron a este país alrededor de 1930, cuando en Europa sonaban las fechorías de algunos terribles caudillos de cuyos nombres es mejor no acordarse, y en México eran muy sonados los líderes sonorenses, en particular aquel que presumía de la jefatura máxima de la revolución. Cuando vinieron a México los autores materiales de Enrique, dominaban allá y acá supermachos que habían adquirido esa condición ya por sus propias pistolas, ya porque "las fuerzas impersonales", según Adolfo y José, los habían hecho pastores de muchedumbres insuficientemente enteradas del curso natural e inevitable de la historia.

Quizá los deterministas vean en la fecha en que nació Enrique Krauze (16 de septiembre de 1947) dos condiciones determinantes de su trayectoria vital y de su modo de ser. Vino al mundo el día destinado por la República Mexicana a la veneración del padre; es decir, la fecha dedicada a exponer la vida, pasión y muerte de Miguel Hidalgo. Quizá los amantes del determinismo acauchen la proclividad biográfica de este historiador al hecho de haber nacido en el día más biográfico de México y comprendan otras de sus características por el trozo temporal en que sucedió su natalicio. Según se dice, por haber nacido en el quinquenio 1935-1950 era de esperarse en él el comportamiento típico de la generación del 68, de una camada que se ha autodefinido de ruptura, sin dogmas, sobremotiva, sin pobreza, romántica, insobornable y extrema.

El haber nacido en la metrópoli y en una isla cultural, seguramente le dotaron de otras predisposiciones vitales. Pero dejémoslos de insistir en su forzoso chilanguismo y en su crianza en la ley de Moisés, saltamos años y felices días hasta el de 1965, cuando se inscribió en la Universidad para adquirir un oficio tradicionalmente prestigioso. Al contrario de los que después acabarían en historiadores, él no estudió derecho. También le hizo el feo a la carrera de medicina, y prefirió convertirse en un distinguido estudiante del oficio científico-técnico, como lo demuestra la invitación recibida para ser consejero universitario los dos últimos años de su carrera ingenieril, y quizá habría sido ingeniero sólo si El Colegio de México no lo hubiese consacado de la Universidad.

El doctor José Gaos tuvo la idea (y a mí me tocó instrumentarla) de formar historiadores del desarrollo científico-técnico del mundo hispanoamericano, no mediante el procedimiento de infundirles a los humanistas los arduos saberes de las ciencias físico-matemáticas y biomédicas, que sí mediante la fórmula de ofrecer a jóvenes científicos con interés histórico las sencillas reglas del oficio de historiar. El experimento fue muy fructífero en el caso de Elías Trabulse y fracasó

por lo que mira a Enrique Krauze. Aquel es ahora un excelente historiador de la ciencia mexicana, mientras éste se ha puesto a escribir una historia en la que brillan por su ausencia físicos, matemáticos, médicos, biólogos y gente de las ramas técnica e industrial. El Krauze forjado en el centro de Estudios Históricos del Colmex se inclinó desde un principio hacia la cultura humanística y hacia el culto a la personalidad. Desde sus años de estudiante marchó contra las corrientes de la historia económica y de la historia de colectividades. Desde muy joven supo escoger camino sin sujeción a la moda.

Mis recuerdos acerca del aspirante a historiador que hoy se convierte en académico son una mezcla de generalizaciones y detalles, que es difícil meter en la cápsula de un discurso del género chico. Me impresionaban su agudeza y arte de ingenio, su talante juguetón, su desdén por el lugar común y otras prendas que le podrían acarrear el elogio de los contertulios del café que no el de los estrididos académicos. También eran notables su antidogmatismo y su poco respeto por las cosmovisiones que se barajaban a uno y otro lado del muro de Berlín. Lo recuerdo como un estudiante que no tomaba sin discernimiento las píldoras de ciencia histórica que le recetábamos sus profesores. Como quiera, aceptó ser alumno relativamente sumiso de la máxima celebridad del Colegio de México a fines de la década de los sesenta (el Dr. Gaos) y de un distante maestro (el Dr. Isaías Berlin) del que recibió cursos a través de libros. Para concluir con este chorro de recuerdos sólo diré que desde entonces creí que Enrique Krauze se salvaría por tres virtudes que lo adornaban con amplitud: la perspicacia, el espíritu trabajador y la honestidad intelectual.

Aquel estudiante libre y laborioso se puso a inquirir la vida y milagros de siete caudillos del México próximo a nosotros. Les hizo preguntas muy inteligentes a los textos y a las personas sobrevivientes del grupo de los siete sabios y sin el más mínimo espíritu de secta o de propaganda política nos dio un excelente retrato de los *Caudillos culturales en la Revolución Mexicana*. Pero este fue sólo el feliz comienzo de la

#### FECUNDA LABOR BIOGRÁFICA DE KRAUZE

y la culminación de su carrera estudiantil. Con esa obra sobre Manuel Gómez Morán, Vicente Lombardo Toledano y demás miembros de la generación de 1915 obtuvo el diploma que lo autorizaba a escribir antes de su nombre las letras "Dr."; el prestigio de biógrafo de personas oscilantes entre el saber y el poder; la invitación a enseñar en institutos de nivel universitario; el llamado a servir a la nación con la pala, además de con la pluma, y la solicitud de incorporarse a una comunidad científica, de ser profesor de tiempo completo en una institución prestigiosa. Sin embargo, no prestó oídos a todas las melodías de las sirenas. Sus actividades de empresario le han permitido vivir sin sujeción a ningún amo. La costumbre de instruir a mañana, tarde y noche que observan muchos historiadores mexicanos nunca se ha avenido a la vida de Krauze. Enseñó algunos meses en El Colegio de México, y en 1983 fue profesor asociado del St. Anthony's College en Oxford. También ha eludido las tareas, casi obligatorias, del servicio oficial, e incluso las relacionadas con la administración de institutos de alta cultura. Por último, pocas veces se le ha podido decir profesor de tiempo completo de este o aquel instituto de alta cultura.

Sin embargo, no es arisco, ni vive en extrema pobreza, ni es lobo solitario, ni ratón de archivo. Maneja con fluidez las relaciones públicas; asiste a congresos y mesas redondas; ha participado desde 1976 en seis célebres congresos internacionales reunidos sucesivamente en la capital mexicana, Iowa, Chicago, Oxford, Washington y Lisboa; es buen amigo de sus amigos. Ni anda a pie ni vive en jacal, y gusta de la buena cocina. Nunca se ha enfrentado al dilema del famoso historiador del siglo XIX. Tampoco busca la vida eremitaña. Sin salirse de los cánones de la sociabilidad ha sabido darse tiempo para hacer investigaciones y escribir doctos libros, a razón de uno por año.

En 1977, salen a la luz pública con la firma de Krauze, los tomos 10 y 11 de la *Historia de la Revolución Mexicana*, que se subtitulan *La reconstrucción económica y Estado y sociedad en Calles*. En 1980, publica la biografía intelectual del polifacético Daniel Cosío Villegas, nuestro Dr. Johnson, quien también tuvo en Krauze un excelente Boswell. Poco después dio a las prensas *Caras de la Historia*, serio y sabroso libro de ensayos intelectuales. En 1984 reaparece con dos libros: uno sobre el historiador liberal Daniel Cosío Villegas y el otro sobre las desventuras de la democracia en la América Latina. "En un momento cumbre de confusión y demagogia" escribe las piezas que componen el angustioso y esclarecedor volumen *Por una democracia sin adjetivos*.

Los primeros años de la crisis lo empujan hacia la politología, pero pronto vuelve a la historia de vidas ilustres. En 1987 llegan en pelotón las ocho biografías que le conquistaron un envidiable pueg. En una resucita al místico del poder, popularmente llamado don Porfirio; en otra, al místico de la libertad, al apóstol de la democracia, al señor Madero. En los restantes, al amante de su terruño, Emiliano Zapata; al ángel, demonio y locuaz Francisco Villa; al puente entre lo viejo y lo nuevo, a Venustiano Carranza; al victorioso militante Álvaro Obregón; al triste reformador Elías Calles y al general misionero Lázaro Cárdenas. Las ocho biografías han sido editadas y reeditadas por el Fondo de Cultura Económica. *Personas e ideas*, el siguiente libro remite a la tercera profesión de Krauze, la de

#### COPILOTO DE VUELTA Y ENSAYISTA

en publicaciones periódicas y televisadas. Desde 1976 figura como secretario de redacción de la revista *Vuelta* dirigida por el profeta mayor Octavio Paz. Junto a la clarividencia y el saber enciclopédico del artífice del *Laberinto de la soledad*, el joven biógrafo crece en experiencia, sabiduría y campo visual. Desde 1982 es subdirector de *Vuelta* y ya como secretario o ya como subdirector de la célebre revista, que antes se llamó *Plural*, ha ejercitado múltiples formas del periodismo: el reportaje, la entrevista, la crónica, el ensayo teórico y la reflexión de asunto político. En todos los géneros ha conquistado aplausos, y alguna vez rechifla. Se ha distinguido sobre todo como agudo entrevistador.

Artemio de Valle - Arizpe pudo escribir un librito sobre *La conversación en México*, pero ninguno de los conversadores evocados en esa obra convertían en periodismo sus charlas de café. En cambio, el buen conversador Enrique Krauze suele sacar de sus conversaciones entrevistas para la prensa periódica. Ha entrevistado, con provecho para la revista que

subdirige, a Borges, Berlin, Howe, Maier, Kolakowski, Thomas, Le Roy Ladurie, Hale, Paz y otros grandes que son reconocibles con la sola mención de sus apellidos. También exhibe su talento socrático en charlas con Octavio Paz frente a los ojos de la televisión.

Ha cultivado muchos temas dentro del género ensayístico (el historiográfico, el histórico, el literario y el político) que le han dado fama de polémico. Si hiciéramos una encuesta sobre la personalidad de Krauze, muchos la calificarían de destructiva; aunque sus comentarios al libro *Historia ¿para qué?* sólo tuvieron el propósito de aclararse para sí la tarea del historiador. Sus espinosos ensayos de índole política se propusieron sugerir el cambio para llegar pronto, lo antes posible, a una democracia sin adjetivos que ahora piden aun los autoritarios de ayer. Tampoco hubo propósitos homicidas cuando escribió lo que pensaba de la labor novelística de un aplaudido hombre de letras. Con la autoridad que me da el vínculo amistoso que me une a él desde hace muchos años puedo decir que no obstante su pertenencia a la generación a la que don Wigberto Jiménez le puso el mote de parricida, nunca ha intentado matar a nadie. Ha sido simplemente un irrespetuoso, un joven reacio a los dogmas que rara vez se santigua delante de los santos y que en el ring periodístico (a veces sin proponérselo) ha noqueado a más de uno. Como quiera, puedo dar fe de que en los cotos historiográficos ni siquiera practica como deporte el pugilismo que exhibe como periodista.

Empresario, historiador y periodista conforman la trinidad del hombre Enrique Krauze que acaba de decirnos su visión de la parcela histórica que ha cultivado con particular destreza. Las personas que suelen quejarse de la largura y el aburrimiento del discurso de los historiadores hoy no tienen razón para hacerlo. El discurso del nuevo socio de nuestra casa, que lleva el título de

#### PLUTARCO ENTRE NOSOTROS,

en pocas palabras y expresión ágil, traza la historia de la biografía desde los remotos tiempos de Plutarco hasta un presente que se dedica a barrer "una multitud de creencias, ideas y profecías". Para fortuna del orador, entre las ideas mandadas al basurero están las que veían con malos ojos a los seguidores de Plutarco. El desprestigio de la filosofía que atribuye la marcha de la historia a sólo fuerzas impersonales o multitudinarias le ha venido a dar nuevo aliciente a la filosofía en que se amparan los biógrafos, la cual reconoce que la historia, aunque "sujeta a la acción de fuerzas impersonales, azarosas y suprapersonales", esencialmente muda de camino por "la libre voluntad emprendedora de los hombres". El descrédito reciente de la actitud fatalista permite poner en el altar mayor del templo filosófico al personalismo. Por todo lo que viene sucediendo en la Europa oriental, el discurso de Enrique Krauze en favor de la biografía llega en muy buen momento.

Aparte de oportuna, la exposición de Krauze es muy sugestiva, induce a muchas reflexiones. Pero no debe cundir el pánico, pues sé que la glosa de un discurso tan jugoso me llevaría más allá de la brevedad acordada para una respuesta. Por otro lado, comparto las principales tesis del nuevo colega, incluso la que sostiene el carácter pragmático-ético de la biografía, considerada por él "fermento de la inteligencia,

el arrojo y la imaginación moral". Con todo, no creo que sólo valga la pena la biografía de los individuos destacados, según se da a entender, sin decirlo, en las tesis krauzianas. La vida de los hombres sin lustre, sin influjo en su ámbito social y sin trascendencia después de su muerte, pero típicos de una comuna y un tiempo, permiten entender mejor la obra de los grandes hombres. Tampoco suscribo la opinión de que la biografía es una esclava útil a la historia porque la veo, como se la vio antes, como una figura prominente de la familia histórica. La buena narración de una vida real, que no imaginaria, es un ejercicio plenamente historiográfico.

En esta época de gusto por los jeans y demás ropas harapientas quizá parezca ofensivo el felicitar a un escritor por la elegancia y el refinamiento de su escritura. Sin ánimos de ofensa, felicito al autor de un discurso sobresaliente por su poder de evocación, la diáfana claridad y la manera sobria y elegante de decir las cosas. Pese a su esbeltez, Enrique Krauze es un historiador redondo, pues domina toda la esfera del método histórico desde la hechura de programas de investigación hasta la venta de los asuntos investigados. Por todas sus cualidades, la Academia Mexicana de la Historia se complace en hacer pública su satisfacción por contar entre sus miembros más ilustres, jóvenes y distinguidos a Enrique Krauze. Le desea, por mi conducto, que persevere en la fe de Clío y nos dé por muchos años libros históricos de tan buena factura como los hechos hasta ahora.

